



Extracto de "El escenógrafo o John Humbert Roland, el hombre que provocó la burbuja financiera".

Más información en [www.elescenografo.es](http://www.elescenografo.es)

Antonio Monturiol Jalón

[...]

Dentro ya de la sede mundial de Coopers, Graham & Tillman, Sir Thomas Graham y Dimitri Nicolaiovich se dirigieron por el vestíbulo a la zona de ascensores, dejando atrás a sus respectivos guardaespaldas y manteniendo a su lado únicamente a sus secretarios personales, uno por cada parte, los cuales, a su vez, dejarían la reunión justo antes de entrar en el despacho principal del edificio. Ya subiendo, Sir Thomas paró deliberadamente en todas las plantas del edificio antes de llegar a la penúltima, en la que se encontraba su despacho, como si hubiera querido hacer en todas ellas un control o inspección de su estado.

—¿Has visto Dimitri las plantas cinco, seis, siete, ocho y nueve?

—Sí, si las he visto.

—¿Qué te llamó la atención?

—Estaban vacías.

—Completamente vacías, incluso de muebles. Por otra parte, habrás visto que estamos en la planta once, de doce que tiene el edificio. Este edificio se construyó, como casi todos los de las grandes corporaciones del mundo, bajo la concepción de que la persona más importante se ubicara en la última planta y aquí esa persona ¿sabes quién es?

—Emm ... no puede ser otro que mi querido amigo Sir Thomas Graham - contestó Dimitri, aunque no con inmediatez, pues le asaltó una cierta duda, como si pensase que ahora Sir Thomas le fuera a desvelar la existencia de otro personaje más importante que el propio presidente de la compañía, un ser misterioso, quizás el hombre que anteriormente Sir Thomas le había anunciado que le presentaría-.

—Pues no, no soy yo.

—¿Qué me dice?, yo siempre le he tenido por ...

—Pues el caso es que no, que no soy yo. Pero es muy sencillo, aquí el jefe, el ser supremo, nuestro dios, es el dinero. Es la libra, es el dólar, el rublo, el dinar, la rupia ... ¡el capital!

—Ya, claro, pero eso siempre es así. En todas partes es igual. Es igual.

—No, no tan igual. Aquí nosotros actuamos en consecuencia, de modo que el despacho del jefe, la caja fuerte, la inmensa habitación blindada está arriba, en el último piso. Pero, y aquí lo grave, esta planta está tan vacía como todas las que viste anteriormente.

Dimitri Nicolaiovich, en este momento, se quedó absolutamente desconcertado, con las cejas levantadas y la boca ligeramente abierta, sin saber qué decir. El gesto de su cara rayaba entre la expresión de pasmo y la de tonto. Como raras veces en su vida, sus ojos no paraban de moverse en todas direcciones. Dimitri no podía salir de su asombro, ¿cómo era posible lo que su anfitrión le estaba contando? ¡Oh!, su conmoción era inmensa, lo que resultaba llamativo en una persona que conocía todos los resortes del poder económico, de manera especial los más obscenos e innobles de ellos, pero es que esto no lo había visto en su vida y no era capaz de entenderlo. Que todos los pisos inferiores estuvieran vacíos siempre podría obedecer a alguna lógica, pero que también lo estuviera la caja fuerte, no entraba en su cabeza. Él era de algún modo un siervo del dinero y el dinero no podía hacer estas jugarretas caprichosas de no estar donde más se suponía que debía de estar. De repente le asaltaron algunas dudas. ¿Estaría entre los planes de Sir Thomas hacer también desaparecer su dinero, retirándole el tablero de ajedrez del que le había estado hablando antes? ¿Sería acaso eso? Pero, al cabo de un momento se tranquilizó y se dispuso a tomar la palabra, seguro de haber hallado la respuesta.

—¡Claro, perdona mi torpeza!, ¿cómo no caí antes?, ¡esto es el escenario, estamos en el escenario!. ¡Fantástico, sencillamente fantástico, maravilloso, maravilloso!. Mis felicidades Thomas, sois increíbles, trabajáis realmente fino.

[...]

—Magnífica deducción, Dimitri, no puedo más que agradecerte que hagas esta deducción. Tú crees que la caja fuerte está vacía a causa del escenario. Eso está muy bien. Pero te voy a desengañar, no se trata de escenarios. Bueno, sí, puede que sí, pero en este caso no es exactamente eso. La cosa es sencillamente que aquí, en esta gran corporación, en esta empresa envidiada otrora por medio mundo, no queda ni un solo céntimo, no queda ni un penique, no queda nada de nada, está absolutamente arruinada.

Dimitri Nicolaiovich, que apenas había conseguido despejarse de encima su asombro anterior, volvió a sumirse otra vez en él. Una vez más lo dicho por Sir Thomas le dejaba por completo en fuera de juego. Aunque en esta ocasión tuvo mejores reflejos. Así, transcurridos sólo dos o tres segundos, salió al paso de lo dicho por Sir Thomas con una contestación que, por otra parte, era la previsible en un multimillonario de nuevo cuño, un ser incapaz de guardar la más mínima forma cortés respecto de alguien que pudiera estar en ruina.

—Pero Thomas –rebajándole de nuevo el trato y retomando el aplomo-, me temo que ante una situación como esta, en poco te voy a poder ayudar, date cuenta que ...

—No, no sigas, no me digas nada, no es lo que crees.

—¿No?, ¿qué quieres decir?

—Pues sencillamente que mi negocio ya no está aquí. Esta empresa está arruinada, a un paso de la quiebra y será difícil recuperarla, pero eso carece de importancia, porque hemos sido capaces de reaccionar gracias a que supimos en todo momento que esto llegaría a ser así. Estaba previsto. Ahora, el escenario ha cambiado de lugar, los actores ya no son los mismos, todo es nuevo en el mundo financiero. Es por ello que el escenario ha tenido que ser trasladado. De ahí que, como tú mismo has podido comprobar conmigo, este edificio, salvo un centenar de trabajadores en las plantas primeras, está prácticamente vacío. Y arruinado, claro. Aunque no nos importa.

—¡Oh!, me sorprendes una y otra vez. Te puedo asegurar que nunca, nunca, me pude imaginar algo parecido. Te lo digo sin disimulo alguno, en otra situación desconocida intentaría ... emm ... no sé, poner cara de póquer, pero esto te reconozco que me sobrepasa. Me sobrepasa. Pero dime, ¿cuál es entonces el escenario ahora?, ¿dónde está el negocio?

—Bueno, eso es muy sencillo y en este caso es algo que, en cambio, seguro que ya conoces. A partir de ahora te voy a sorprender menos, pero no voy a ser yo quien te lo explique, ven conmigo y te presentaré a quien lo hará.

Y es así que Sir Thomas Graham y Dimitri Nicolaiovich subieron por las escaleras a la azotea del edificio y, tras encontrarse allí con sus secretarios, se montaron en un helicóptero que les estaba esperando. La emoción que sentía el ruso era la de un niño en la puerta de entrada de un parque de atracciones. Tenía que conocer de qué iba todo aquello, lo del ajedrez, las oficinas y la caja fuerte vacías, lo del negocio que se traslada ahora a otro lugar, los escenarios, el extraño personaje que le había anunciado Sir Thomas ... ¿Qué era todo eso?, sí, que era. Por eso Dimitri Nicolaiovich no dudó ni un instante en tomar aquél helicóptero, sin importarle siquiera no reunir a sus escoltas con él.

[...]

Franqueando la cancela del jardín, Sir Thomas se acercó a la puerta de entrada de la casa y pulsó repetidas veces el cursi aldabón con forma de trébol que colgaba centrado a media altura de la puerta. Lo hizo hasta que se oyó descorrer el pestillo.

—¡Mi querido Thomas!, ¡qué alegría verte, dame un abrazo!.

Había abierto la puerta Margaret, la mujer de Mr John Humbert Roland, y por la espontaneidad del abrazo con el que se fundió y apretó durante unos buenos segundos con Sir Thomas era fácil colegir que se trataba de dos personas muy cercanas y queridas la una de la otra.

—Bueno, perdone que no haya reparado en usted –dijo Margaret dirigiéndose ahora a Dimitri Nicolaiovich-, pero me une una vieja amistad y cariño con Sir Thomas y me ha resultado imposible reprimir la alegría por verle. Pero pasen, pasen, John les está esperando.

[...]